

# COMENTARIOS

## LOS PROBLEMAS DE TIBURON

**Rafael Otano**

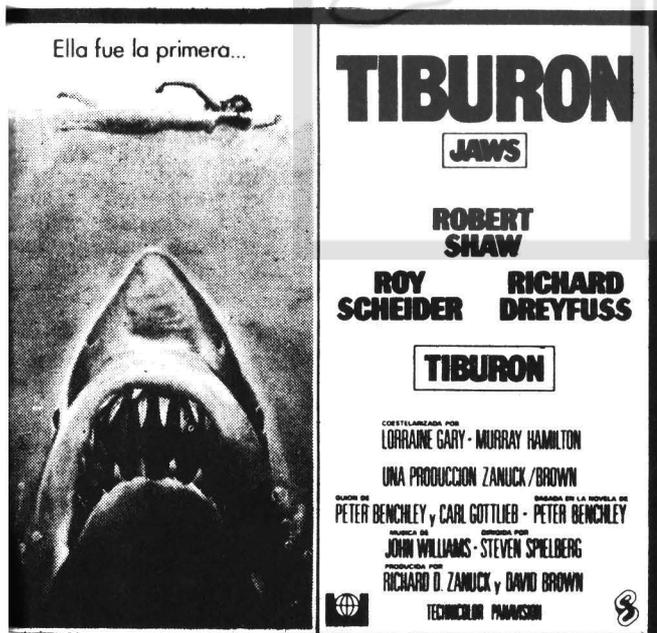
Suceden muchas cosas con este Tiburón. Bate muchos records. Obliga a escribir cifras de varios ceros. Nos inunda con su aparatosidad monstruosa. Sus enormes mandíbulas de plástico trituran precedente tras precedente. Danzan los millones de dólares, los millones de espectadores. Colas larguísimas, gritos, alaridos de adultos, jóvenes y niños, histerias, salas repletas. Al fin, un rico filón dorado cabrillea en el panorama oscuro y negativo del negocio cinematográfico chileno.

Suceden muchas cosas con este Tiburón. Sucede de la macropropaganda de página entera. Sucede

que la TV se preocupa con entusiasmo de su estreno. Sucede que en algunos diarios se dan falsas informaciones de tiburones. Sucede que un canal televisivo, nada menos que en el noticiario, habla de tiburones. Sucede que de repente se produce en Chile el problema de los tiburones, justamente en los días del estreno del gran Tiburón.

Sucede que Tiburón tiene una extraña censura. Aprobada para todos los públicos, pero no recomendable para menores de 14 años. Sucede que uno se admira y piensa: si no es recomendable para menores de 14 años ¿por qué se aprueba para todo público? De hecho, la navidad de muchos niños chilenos ha sido amenizada por este espectáculo de Tiburón, por este terror de 90 minutos seguidos que hace saltar incluso a la gente mayor de mente más fría. ¿Qué les ocurrirá a los niños de ocho a diez años, muchos de los cuales estaban presentes a la sesión a que asistió este comentarista? ¿Puede una sutileza jurídica o dialéctica remediar el daño que producen esta clase de espectáculos?

Tiburón tiene la piel dura y ha pasado la prueba censoria. De hecho, el film lo pueden ver, y lo ven efectivamente, miles de niños de cualquier edad, sin discreción. Y lo malo no es eso, sino esa especie de recibimiento triunfal que se le ha tributado. Ese alzar de guirnaldas en honor de una película que cinematográficamente significa bien poco, y que, por desgracia, nos hace repetir los peores tics históricos de países y sociedades que se alimentan masivamente de espectáculos sensacionalistas y escalofriantes.





## Las últimas oleadas .

Hace unos años la epidemia fueron los spaghetti-western. Ojos necrofílicos, rostros duros, persecuciones, desiertos, sadismos de vuelo imaginativo progresivamente desahogado. Y además títulos reumbantes que unas veces sonaban a imprecación y otras veces a letanía. Los spaghetti-western circulan todavía por nuestros cines inventando muertes y suplicios, repartiendo a muchos, a muchísimos aficionados de todos los niveles, su porción semanal de cadáveres.

Sobre los colts todavía humeantes se superpusieron las dagas y las habilidades musculares de eastern-soja (así se les ha llamado): exotismo, refinamiento de crueldad, truculencia. Algún descabezamiento sin mayores consecuencias, obras de espadachines virtuosos. En este caso, los ojos eran oblicuos, los protagonistas ceremoniosos, los recursos esotéricos. Fue otra epidemia, esta vez made in Hong-Kong, con falso emblema de cine chino.

Llegan los temas sobre la maffia, untados, anegados en salsa de tomate. Tanta salsa de tomate por todas partes, que ya ni se intenta hacerla pasar por sangre de verdad. Se imponen las figuras del Don, del guardaespaldas y del consejero. El Padrino, ese film mediocre y desangelado, cargado de dólares, propaganda y convencionalidad, no aportaba nada, no decía nada, pero movió a más de quinientos mil espectadores en Santiago y a docenas de millones en el mundo. Pagaron, vieron y se fueron.

Las metralletas callan y ahora asciende la marea del cine catastrófico (o catastrofista o catastrofero, que tanto monta). Films de argumento fácil, al alcance de cualquier mentalidad y cuyo tema es un acontecimiento o un fenómeno terrible en que la vida de cientos de personas queda angustiosamente comprometida. Los diversos elementos, el fuego (*Infierno en la Torre*), el monstruo marino (*Tiburón*), los movimientos telúricos (*Terremoto*), los accidentes aéreos (*Aeropuerto* y *Aeropuerto 75*), el mar (*Aventuras del Poseidón*) son los verdaderos protagonistas de tales películas. Elementos todopoder-

osos, ciegos y que, una vez desencadenados, se hacen casi incontrolables. Tales agentes, con su misterio e imprevisibilidad, provocan una enorme curiosidad en el gran público.

La técnica es siempre la misma: el suspenso del horror. El público debe tener el alma en un hilo durante los noventa o ciento veinte minutos que dure la proyección. Hay que apretarle y soltarle, una y otra vez, con ritmo creciente e inexorable. Las señoras se aterran, las jóvenes patean, los adultos se sobresaltan, los niños abren desmesuradamente los ojos.

Y es, en cierto sentido, explicable. Todo un mundo de fuerzas cósmicas, por una parte, y de tecnologías inquietantes, por otra, se combinan o se enfrentan, según los casos, logrando sensaciones totalmente inéditas en plásticas imágenes de un realismo estremecedor. Las noticias diarias de catástrofes que se habían detenido en la foto o en el reportaje televisivo, se hacen aquí historia bien estructurada, entregada en dosis técnicamente medidas que nos van acercando, a espasmos, hasta el clímax final. Es un cine efectista, de mucha utilería y ampulosidad de trucos. La habilidad del director nos puede hacer bailar en la cuerda floja del funambulismo terrorífico, minuto a minuto. Nos puede enajenar con todo el peso y la palpitación del trucaje cinematográfico. Pero, al final, después de esa orgía emocional (llantos, risas, horror, odio, ternura, histeria, aplausos. . .), nos levantamos de nuestros asientos y nos sentimos irremediamente vacíos. Toda aquella batahola, aquel griterío ensordecedor se va con

la misma rapidez con que llegó. La superficialidad queda manifiesta.

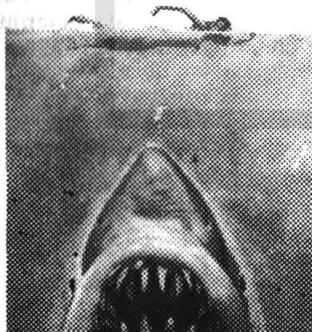
Otra característica del cine catastrófico es su ambientación superdesarrollada. Balnearios elegantes, transatlánticos de lujo, rascacielos cosmopolitas, aviones ultramodernos. . . No es sólo el horror lo que atrae. Es la vivencia, aunque falsa, de ese mundo distinguido, el acercamiento a él en el momento en que está peligrando. Cuanto más exquisita sea la sociedad que se presente más espectacular resultará su caída. En el recinto de la felicidad y de la seguridad, entran las fuerzas cósmicas de la desintegración. Pero siempre se alza milagrosamente el hombre que es capaz de remontar la desgracia, el líder que triunfa contra el agente destructor. Este cine resulta, pues, a la larga, una afirmación del hombre contra la naturaleza. Pero esa afirmación es ingenua, simplista y artificial. Se percibe el manejo apriorístico de los hilos del drama que ha sido depurado de toda ambigüedad, de toda crítica que no sea una división categórica entre buenos y malos.

Este cine sólo busca y logra emociones. No quiere profundizar en los temas. Se queda en un planteamiento sensacionalista. Por eso agrada. Nadie se siente tocado. Nos consideramos del lado de los buenos. Los malos son tan malos que no podemos ser nosotros mismos.

#### El truco del tiburón .

Poco hay que añadir en este caso a lo antes expuesto. Estos géneros comerciales se repiten con monotonía bastante aburrida.

**Tiburón** es una película elaborada con buen oficio, tanto en el guión como en la realización. Incluso el hecho de no ser actuada por celebridades es un mérito. El suspenso es logrado con hábiles toques y la pintura de los caracteres, sin complejidades, resulta satisfactoria. Es un buen film, pero de dos dimensiones.



El tema nos recuerda espontáneamente a Salgari y a Verne y, más aún, a Melville y a Hemingway. Pero en **Tiburón**, el monstruo nunca logra un nivel simbólico. Se queda en simple tiburón, en objeto que se define por su tamaño, su gesto y su apariencia honrosa. Detrás, notamos la maquinaria, el truco magistral, los recursos enormes para su rodaje. En una palabra, el artificio.

Es un film de fórmula estereotipada que, por tanto, no tiene peso específico. No hay creación, sino habilidad manipuladora. No hay problema interior, sino sensación exterior. No hay artista, sino gran artesano. Por eso le llega el éxito. Por eso será imitado. Y por eso, también, el cine será igual, antes y después de él. En todo caso, aumentará algo más el ansia de sensaciones en una sociedad ya suficientemente hipérestésica.

En Chile, lo malo no es que lleguen tiburones o infiernos en la torre. Lo malo es que no son alternadas con otras obras de interés. Lo malo es que el cine se está restringiendo. Que el gran público no ésta logrando ninguna educación en este medio fundamental. Y que toda la propaganda nos aboca a creer en los méritos de un film tan mediocre como **El Padrino** o de un bodrio tan imperdonable como **El Exorcista**.

En fin, el comentarista debe decir esto en voz alta. Sabiendo que es una voz muy queda en medio de grandes griteríos . Que el **Tiburón** de un sólo alatazo anegará en espuma su pobre crítica. Pero, al menos, que quede como un signo de reflexión, como un intento de mejorar nuestra realidad cinematográfica, como un llamado a educar en el séptimo arte al público y no a deformarle.

¿Cuál será la próxima película? ¿El desplome de una gran boite de lujo a la hora de su lleno absoluto? ¿La masacre en un campo de fútbol por la furia de los hinchas? ¿O una nueva versión de la batalla de Waterloo con cañones de verdad?

(Tomado de Mensaje, 1976, 246, 59-60).

